

Patria

Si esta Nicaragua es una bendición de Dios! Es bello este terruño, es incomparable este cielo siempre límpido y estos lagos siempre azules!

Sus montañas a las que el verano de oro y el invierno de esmeralda, a quien canta incansable la primavera y respeta el lujo de su fronda!

Claro que es bella Nicaragua, porque es ella nuestra Patria!

Y ese hondo sentimiento que llevamos grabado dentro del ser, como Dios, como el amor, como el alma, no se ve, pero vive y se agita y se manifiesta en cada sitio donde hay vida, luz y movimiento; no se toca, no se materializa, pero se lleva muy hondo y da calor, desde al insignificante átomo de tierra que labra el peón bajo un sol de trópico, hasta las estrellas de ese cielo que nos cobija, y las altas cumbres que recorrimos, ora oprimos por el dolor que redime y purifica, ora henchida el alma de entusiasmo.

La Patria está en la columna vertebral de nuestras selvas que no piden, no claman, ni imploran, sino que ordenan orgullosa a las nubes, que hagan descender hasta ellas el agua que guardan avarientas; en ese mar ronco y embravecido que sobre la frente mediatunda de la Costa, tiende la rizada cabellera de su espuma en una ansia perpetua de cariño, olvidando en el instante de la ternura, toda la furia que lo invadió.

La Patria está en el celaje que se quiebra, se transparenta, se irisa, se deslía ante nuestra vista y en aquel campo santo que se hizo sagrado de tanto santificarlos con el recuerdo, porque allí están quienes marcharon antes de nosotros, a dormir al recinto de la paz nunca interrumpida.

Patria es César en Farsalia, el Manco enfurecido combatiendo a los Moros en Lepanto, Cristo en los valles de Galilea, Bolívar dialogando con el tiempo y Darío en los épicos sonos de la Marcha Triunfal.

Pero más que nada debe de ser en nosotros, el concepto arraigado del deber para marchar en línea recta, nunca como el pobre pueblo Hebreo, a través del desierto, cerrando los oídos a la voz grave del Legislador; ciego al esplendor del

Sinaí para postrarse ante el ídolo de oro que todo mancilla y lo prostituye y aparta los cerebros y los corazones del ideal y los hace preferir el hartazgo Egipcio.

Nuestras guerras intestinas, han culminado en victorias como la de San Jacinto, la cual nos recuerda que la particularización debilita, que luchemos por formar un gran Todo, un océano de fortaleza inmensa y lo pongamos al servicio de la Patria a quien tanto le debemos.

Cada voluntad aislada no construye, pero si todas convergen hacia un sólo punto, con la pujanza de un gigantesco lente ustorio, entonces debilidad será potencia y el querer acción y la chispa se convertirá en torrente de fuego, que como la zarza de Horeb arderá sin consumirse.

Valientes hombres de este país, allá en 1856, hicieron en una hacienda que hoy debería ser un santuario, salir a la desbandada los bucaneros rubios que, lívidos de codicia, soñaban hacer suya la tierra de nuestros mayores, esta tierra a la que mimaba y besaba Primavera!

Pero los venció la fuerza patriótica del nativo; el hecho simple: La derrota del filibustero! Para el invasor que en una forma o en otra quiso apoderarse de nosotros, ya nuestro territorio ya de nuestras conciencias y caracteres cuando los caracteres débiles lo han permitido!

Para nosotros que no hayan cantos de sirenas, ni entregas serviles por platos de lentejas como el Bíblico Esaú. Nuestros son los indios, los abuelos de cuerpo tatuado, que lavaron sus ojos en cielos siempre puros, nuestros los Próceres que en tan poco tiempo asimilaron la cultura Europea y proclamaron su independencia. Nuestro Mongalo, empuñando una incendiaria tea que llevó no como la que soñará Hécuba la guerra de Troya, sino la victoria a nuestros conciudadanos en Rivas, haciendo salir a la desbandada a los bucaneros. Nuestro Estrada en San Jacinto, Darío en su Coloquio de los Centauros, nuestra la América, nuestra Nicaragua la de los lagos siempre bellos, el cielo siempre azul y la fronda siempre verde!